

**Roberto Fernández Valledor, *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña 1920-1940*. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 1993.**

Aunque van proliferando los trabajos con un enfoque comparativo que analizan de manera panorámica el fenómeno literario de un período, resulta muy difícil, sino imposible, disponer de bibliografía con textos que se detengan a particularizar el mismo género en dos países distintos en un período histórico clave y parecido. Es por esta razón que celebramos el más reciente libro de Roberto Fernández Valledor, ensayista muy al tanto del desarrollo de las letras cubanas y puertorriqueñas. Ya en otras publicaciones había comentado aspectos culturales e históricos del Caribe con su acostumbrada paciencia crítica: *El mito de Cofresí en la narrativa antillana* (Universidad de Puerto Rico) y *Del refranero puertorriqueño en el contexto hispánico antillano* (La Sociedad Estatal del Quinto Centenario en Madrid).

En *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña*, Fernández Valledor estructura su estudio en seis capítulos. En el primero expone algunas teorías sobre las características que forman el cuerpo de un ensayo y su propósito: Alfonso Reyes, George Lukács, Bakhtin, Lucien Goldman, entre otras teorías. Importan las conclusiones de Goldman puesto que lo circunscriben a dimensiones sociales. De hecho, puntualiza Fernández Valledor la trascendencia de este género en Hispanoamérica, vehículo de revisión axiológica originada en las crisis históricas, políticas o sociales con inquietudes continentales para "diagnosticar los problemas que nos afectan y afianzar las identidades nacionales" (p. 31). Esta motivación se extiende al ensayo de Puerto Rico y Cuba que cubre circunstancias de ambos países con una actitud combativa y de énfasis nacionalista e ideológico en los años del 1920-1930.

El capítulo II se centra en la literatura cubana vista a la luz de los avatares sociales, económicos y políticos de la isla. Sobresale la reacción contra la hegemonía norteamericana en ese suelo caribeño. Y se recalca la vigencia del grupo de la primera generación republicana, aglomerado bajo la revista *Cuba Contemporánea*, contra la corrupción gubernamental, moralidad y sociedad cubanas; también contra la burguesía. A estos ataques que sacan a la superficie a una Cuba herida, se suman los de los cultivadores del modernismo por su persistencia en la afirmación individual en un clima de incertidumbre. Ahora se estudia el vanguardismo cubano en el contexto de la protesta de los trece, la revuelta de veteranos y patriotas; la publicación de la *Antología de la poesía moderna de Cuba*, el grupo minorista y la *Revista Avance*. Es natural que la figura martiana dé inspiración a esta agenda ideológica, sobre todo, alienta a los minoristas, si bien, claro está, todos enaltecen propósitos cívicos y políticos que fomentan sentimientos de cubanidad.

En el capítulo III Fernández Valledor indaga sobre la ideología de Marinello y Mañach, en cuyos ensayos se plasman la visión del mundo del grupo minorista y su plan lógico de influenciar la conciencia colectiva nacional. Marinello en *Americanismo y cubanismo literarios* valora el principio de que la literatura garantiza un arma de expresión en la lucha social y en acuerdo con las urgencias vitales de la nación. En *La crisis de la alta cultura en Cuba*, Jorge Mañach señala el rol de lo literario en su entronque cultural y aclama por la apertura de Cuba a la esfera universal y a las nuevas corrientes literarias. Resalta Fernández Valledor que esta literatura histórica de las primeras tres décadas aporta al orgullo cubano y a su tierra. La situación de esta última se fundamenta en la economía del azúcar, producto que para ambos ensayistas se emparenta, por influjo del grupo minorista, con la tierra y ésta con la patria. En cuanto a Mañach, se proclama la vigencia de traspasar a manos nativas el desarrollo de la conciencia del país. Se une este anhelo a la valoración historiográfica que certifique en qué medida Cuba funda los cimientos de una nación. Para este ideal vale el llamado de las minorías históricas ilustradas. De otro lado, y muy atinadamente, aduce Fernández Valledor que Marinello halla en el negro semillas literarias frente a la identidad cubana: la negritud caracteriza la cubanía y alcanza sólidos fundamentos en la patria. Igualmente, el investigador reconoce la aportación de Martí en estos ensayistas, mitificado hasta el punto de concebirse el héroe por antonomasia de la conciencia cubana.

El capítulo IV analiza la ensayística de Puerto Rico y la búsqueda de la identidad nacional en los grupos de los años 20 y 30. Los autores persisten en auscultar las angustias del puertorriqueño con objetivos ontológicos. El libro de Fernández Valledor resume el trasfondo histórico, político y social de Puerto Rico posterior al 1898, el desarrollo de los partidos políticos, la iglesia y la educación a disposición de la norteamericanización de la isla, asimismo la ascendiente intervención de Estados Unidos en los debates nacionales y la represión del movimiento separatista, el cual despertaba con gran esperanza. Pero Fernández Valledor profundiza aún más en sus hallazgos y reúne noticias socio-económicas desconectables de la ideología del momento. Nos enteramos de que a causa del colonialismo norteamericano, la economía del café se suplanta por la de la caña y de que el comercio con el país norteño florece, lo cual conduce a que el patrimonio económico insular crezca en dependencia. Ante esta incertidumbre, los escritores modernistas originan una literatura nostálgica aferrada a la puertorriqueñidad; viajan al pasado inmediato. Explicamos con esta actitud porque “se le canta a la tierra como símbolo de la patria, al jíbaro y a lo hispánico como herencia cultural” (p. 147). Junto a estos juicios, *La Revista de las Antillas*, con orientación hispanoamericana, recrimina la presencia de Estados Unidos en Puerto Rico y otorga a la generación del 20 y 30 conceptos e ideas que se plantean críticamente en la literatura.

En el mismo capítulo Fernández Valledor aborda el papel de los movimientos de vanguardia. Sus investigaciones concluyen que los “ismos” encierran insatisfacción por la condición contemporánea de Puerto Rico según manifestaciones

publicadas en periódicos y obras literarias en las que se revalora y valoriza lo puertorriqueño. Con respecto de esta apreciación, la revista *Indice* permite la inclusión de temas afines. A tono con ese ideal se refuta el intento de suplantar el idioma y cultura de Puerto Rico. Contra la ideología de Estados Unidos, *Indice* hermana a la isla a Hispanoamérica y a sus raíces hispánicas.

La generación del 30 desprecia la estrategia cultural de Estados Unidos y promulga la autonomía de la cultura, su afirmación y el ser puertorriqueño. Residen en estos mandamientos patrióticos vestigios de Albizu Campos. Sin embargo, tampoco podemos relegar el rol del jíbaro, refugio de la personalidad colectiva del pueblo.

El capítulo V ilumina la motivación de identidad nacional que encarna en los ensayos de Antonio S. Pedreira y Tomás Blanco. El primero asocia los problemas políticos, sociales y culturales de Puerto Rico con el intervencionismo de E.E.U.U. Su *Insularismo* se restringe a la esencia del ente puertorriqueño y de lo que lo define. También persigue salvaguardar la lengua española mediante proclamas literarias y el fortalecimiento del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico. Semejante a Pedreira, Blanco aspira a una autonomía que edifique barreras contra la norteamericanización de Puerto Rico. Se trata de alterar la incertidumbre de hacia dónde se dirige nuestro destino final. Son vitales los encomios a la cultura popular y las críticas a la enseñanza en inglés en las escuelas públicas. En palabras de Fernández Valledor, "estos ensayistas tienen muchos puntos en común, destacan lo histórico-cultural puertorriqueño para oponerlo a lo norteamericano y así contrarrestar la americanización que las autoridades gubernamentales llevaban a cabo, por eso muchos de sus estudios están encaminados hacia la historia, pero ella está en función de lo antropológico y el desarrollo de la cultura" (pp. 213-214).

El capítulo VI, y último, especifica las convergencias y diferencias de la ensayística cubana y puertorriqueña en las décadas de los 20 y 30. Se organiza de manera intelectual frente a la amenaza norteamericana para su afirmación colectiva ontológica y el fortalecimiento de la conciencia colectiva. Gracias a las revistas *hostos* e *Indice*, los intelectuales cubanos establecen lazos con los puertorriqueños en el plano político y económico. Son impulsados por su oposición al coloniaje de E.E.U.U. Tanto en Cuba como en Puerto Rico se prefiere el ensayo para la expresión de esa lucha; en Cuba lo hacen los minoristas y en Puerto Rico, la generación del 30. Con todo, el ensayo cubano se balancea más hacia lo económico y el puertorriqueño se apega más a lo histórico cultural; por ejemplo, si el azúcar es para Cuba base de su prosperidad económica, para Puerto Rico el café simboliza afirmación cultural y política. Ambos grupos emplean la historia para rastrear huellas de su personalidad colectiva. Aunque en Cuba Martí vuelve a convertirse en modelo de la cubanidad, en el caso de Puerto Rico la defensa del idioma muestra cariz político y es imagen del alma del pueblo.

Como una divergencia de ambos grupos sobresale el que los puertorriqueños identifiquen al jíbaro con los explotados por los E.E.U.U. y lo dibujen espiritualmente como si fuese “descendiente puro de estirpe hispánica” (p. 227), contrariamente a lo que ocurría en Cuba con el guajiro, el cual no se pintaba como lo prototípico del pueblo cubano, si bien se denuncian los malestares que afrontaba. Los intelectuales cubanos se solidarizan, sí, más con el obrero que con el campesino. En cuanto a las tres razas que conviven en el Caribe existen convergencias y divergencias. Notamos que el elemento aborígen se revistió de exaltación patriótica en ambos países. Lo hispánico, por cuestiones históricas, se exaltó menos en Cuba que en Puerto Rico. El carácter negroide se incorpora a la literatura ya parte de la nacionalidad, a la vez que se aprovecha la oportunidad para acusar la amarga realidad del negro.

Enfatizamos que Roberto Fernández Valledor ha escrito un valioso libro de interpretación de la realidad cubana y puertorriqueña que honra las recomendaciones de Alejo Carpentier y Roberto Fernández Retamar en cuanto a que se comparen las literaturas latinoamericanas y se estudie la historia de su contexto como una gran unidad. El trabajo que reseñamos es gran ejemplo de lo que todavía le falta por hacer al a crítica latinoamericana.

*William Mejías-López*  
*Universidad de New Hampshire, Durham*

**Escoto, Julio. *Rey del Albor, Madrugada*: Honduras: Centro Editorial S.R.L., 1993.**

En este mundo postmoderno, escéptico y desencantado, en que se nos habla del final de la historia y la liquidación de las utopías; en que se consideran anacrónicos los grandes relatos totalizadores que alimentan la memoria histórica y confieren trascendencia al esfuerzo colectivo; en que se atacan los nacionalismos, sobre todo de los países débiles, sin concederles la oportunidad de revisión, en aras de la globalización del mercado; el escritor hondureño Julio Escoto, a contracorriente, pero con plena conciencia de la actualidad, ha publicado una ambiciosa novela totalizadora: *Rey del Albor, Madrugada* (Honduras: Centro Editorial S.R.L., 1993). Se trata, entre muchas otras cosas, de una visión englobante de la historia y la épica escamoteada y silenciada de su pequeña nación cuya grandeza resalta trazando su resistencia frente a las poderosas fuerzas externas e internas que históricamente han querido negarla, humillarla y destruirla.

Esta novela, que supone una impresionante labor de investigación, erudición, reflexión, interpretación e integración, amen del trabajo específico y arduo de su cuidadosa escritura; se propone integrar el pasado y el presente de Honduras dentro de un amplio contexto internacional. Sin desviarse del eje central hondureño, más bien profundizando en él, se presenta no sólo como la épica histórica del país, sino como ejemplo particular y revelador del pasado y el presente de Centroamérica, Hispanoamérica y, en general, de los países coloniales y neocoloniales. La vida histórica hondureña se ramifica muy lejos del ámbito geográfico nacional para extenderse hasta Africa, Inglaterra y los Estados Unidos, así como al espacio próximo del Caribe y Centroamérica.

Más que una sola novela, en las 548 sólidas y apretadas páginas del texto, casi carente de márgenes, Escoto nos propone un vasto mural en el cual se incorporan, alternadas con el relato principal, unas diez novelas cortas adicionales con su propia unidad y autonomía, su propio estilo y su propia perspectiva, pero integradas temáticamente al conjunto. Tras la lectura de *Madrugada* nos percatamos de que todas sus novelas anteriores —*El árbol de los pañuelos* (1972), *Días de ventisca, noches de huracán* (1980), *Bajo el almendro ... junto al volcán* (1988), así como su novela biográfica o biografía novelada *El general Morazán marcha a batallar desde la muerte* (1992) y sus relatos breves, también forman parte de este vasto mural. *Madrugada*, especie de “suma”, integra toda su producción cuyo tema constante es su país, Honduras; país generalmente desconocido, ignorado, marginado y estereotipado como típica y tragicómica “República Bananera”, condescendiente con la penetración de potencias extranjeras, carente de una clara identidad nacional, base de operaciones para la intervención en los países vecinos.

Corregir esta visión, desenterrar la verdadera historia del país, desenmascarar la situación actual, aclarar los constantes vínculos internacionales que han condicionado su triste destino, destacar las contradicciones internas, trazar las complicadas y fascinantes líneas de su mano, es, sin duda, el propósito primordial de Escoto. Así lo establece desde el primer capítulo uno de los personajes al describir la situación: "... un país subdesarrollado... al que le han inventado su historia, al que le han ocultado durante siglos su verdadera realidad? Un pueblo cuya cultura básica ya cumplió los mil años, fundamentada en la gloriosa civilización de los Mayas, sin que hayamos alcanzado a comprenderlo y reconocerlo. Un pueblo que aún glorifica a los conquistadores en el jolgorio de sus fiestas locales, un pueblo que olvidó su lengua y sus dioses para adoptar los de los extranjeros..., ese es el imperativo categórico del devenir de la conciencia de nuestra identidad, tan agobiada, tan asfixiada por el clima de la violencia, de la pobreza y el intervencionismo". (p. 16)

La preocupación fundamental de Escoto en *Madrugada* es precisamente la reescritura de la historia. La novela se inserta dentro de una secular guerra ideológica cuyo objetivo es el control y la manipulación o la liberación del discurso histórico de la nacionalidad. Para lograr su propósito de reescribir y liberar la verdadera historia de Honduras, Escoto recurre al género proteico de la novela; combina la historia y la ficción, la realidad y la fantasía, la erudición y la imaginación, en un esfuerzo que lo inserta de lleno dentro de la actual corriente latinoamericana que privilegia la novela histórica, la nueva novela histórica, como género de excepcional vigencia, creatividad y urgencia en Latinoamérica.

No obstante, más cerca de *El siglo de las luces* de Carpentier o *El general en su laberinto* de García Márquez que de *El mundo alucinante* de Reinaldo Arenas o *Los perros del Paraíso* de Abel Posse; Escoto no se toma grandes libertades con la historia; es muy sobrio en la introducción de elementos fantásticos o mágico-realistas. Su afán de testimoniar el pasado, de plantear su relato como esencialmente fiel a los hechos y condiciones históricamente verificables lo llevan a ceñirse a los límites de la verosimilitud realista. Podría decirse que la mirada del historiador subordina el libre juego de la imaginación y que la ficción está al servicio de la historia. Sin embargo, dentro de estos límites, Escoto encuentra amplio margen para la imaginación y la ficción.

La imaginación novelística cumple en *Madrugada* una función esencial: la de rescatar, por encima y por debajo del dato escueto y la mera documentación, casi siempre proveniente de sectores dominantes, la otra historia del país: la intrahistoria, la vivencia concreta y humana de los personajes y las situaciones del pasado, sobre todo de los sectores marginados u olvidados como el indio, el negro esclavo, el criollo pobre, el soldado común, los conspiradores.

Curiosamente, es en la fabulación del presente donde encontramos más desatada la invención de Escoto, sin que tampoco podamos decir que se separa esencialmente de la realidad. Esta acción presente de la novela se encauza a través de un original

esquema que la hermana al "thriller", específicamente a la novela detectivesca de espionaje. Ocupa la posición central no un personaje hondureño, sino extranjero: Mr. Jones, historiador de prestigio, profesor universitario norteamericano y, además, negro, lo cual resulta determinante. El gobierno hondureño le ha ofrecido un jugoso contrato para escribir una nueva historia oficial de Honduras que sirva como instrumento ideológico para contrarrestar la subversión en el país. Pero Mr. Jones no es un norteamericano típico, mucho menos la imagen proverbial del "ugly American". Intelectual honesto, viudo cuarentón que ha vivido bastante, acostumbrado por su condición racial a las artimañas del prejuicio y el poder, saludablemente escéptico, inteligente y receptivo, sin vocación de héroe o martir, pero motivado por un claro sentido de justicia y un irreprimible deseo de conocer y dar a conocer la verdad; Jones, como principal focalizador, provee la perspectiva ideal, —distanciada, pero empática—, para descubrir con el lector el mundo hondureño cuyo centro es la ciudad de Tegucigalpa, una ciudad que despierta poderosamente su curiosidad por su extrañeza, su densidad histórica, su abandono, su pobreza y su vida secreta.

Muy pronto, el historiador, al ser contactado por una organización clandestina y presionado por las autoridades del país y del extranjero, se va involucrando en la propia historia que intenta descubrir. El azar y otras fuerzas poderosas intervienen en su vida para que él, poco a poco y a través de una enmarañada intriga, descubra los planes ultrasecretos de los Estados Unidos para anular la soberanía de Honduras y anexar el país a la gran potencia del norte. Se trata de un proyecto de "puertorriqueñización" (la referencia a Puerto Rico es explícita en la novela), de convertir a Honduras en una especie de Estado Libre Asociado de los Estados Unidos. El plan forma parte de un esquema mucho más amplio que incluye también al resto de América Latina y que tiene como propósito conjurar la crisis económica inminente de la economía norteamericana, motivada por la competencia japonesa, antes de que sea demasiado tarde.

La intriga, digna de las mejores novelas de Ian Fleming, se desenvuelve entre la compleja maraña que forman los grupos clandestinos hondureños, el ejército, la contra nicaragüense, las organizaciones internacionales norteamericanas e israelitas de inteligencia, la alta tecnología cibernética y los intereses de las compañías multinacionales. Escoto maneja este complicado entramado con indudable destreza, jalonando la acción mediante golpes cada vez más sorprendidos. A esto se suman las peripecias eróticas de Mr. Jones que se entrelazan con los asuntos políticos. El final queda abierto, pero en buena medida constituye un triunfo de las fuerzas de resistencia que, con astucia y sofisticación, ganan, aunque sea parcialmente, esta partida.

Intercalados como capítulos independientes, sin ningún nexo ni explicación en términos de la trama, aparecen, a partir del capítulo noveno, *Amanecer en Olancho* (1974), episodios históricos que nos van remontando hacia atrás en el tiempo hasta el momento de la conquista dramatizado en el último capítulo: *La memoria de*

*todos nosotros (1495)*. En esta especie de “viaje colectivo a la semilla” se incluyen episodios de las guerras civiles, golpes de estado, incidentes de la época de la independencia, intrigas de la colonia, ataques misquitos, intervenciones inglesas en la costa caribeña, piratería, tráfico de esclavos, disputas entre los primeros colonizadores y rebeliones indígenas. A través de estos episodios intercalados se va trazando la compleja formación del pueblo hondureño y se inscribe la fabulación del presente dentro de un vasto proceso de intervenciones extranjeras, luchas internas, oposiciones y resistencia.

La visión de Escoto, dicho sea de paso, no es nada simplista. Intenta recoger la complejidad de todo el asunto. Así, por ejemplo, el misquito defiende su alianza con Inglaterra contra el poderío español y los guerrilleros contemporáneos problematizan su lucha con la quiebra del socialismo histórico. Son abundantes los discursos que se entrecruzan en esta novela.

La destreza y el oficio de Escoto como narrador se ponen a prueba sobre todo en los relatos intercalados que asumen diversas situaciones narrativas y variados modos de presentación, puntos de vistas y lenguajes para crear la sensación de verosimilitud e inmediatez y para enriquecer semánticamente el tejido novelístico. Entre estos capítulos sobresalen *Diario de la guerra (1924)*, presentación dramática y fragmentada de un triste episodio nacional; *Mateu Casanga (1621)*, relato autobiográfico en español africanizado y aportuguesado de un esclavo negro que abarca el ciclo completo de la esclavitud —captura en Africa, viaje infernal en el barco negrero, trabajo bajo tierra en las minas, servicio doméstico en la casa del amo, fuga, cimarronaje, captura y muerte—; y *La memoria de nosotros (1495)*, recreación desde el lenguaje y la perspectiva indígena —fusión de mito, realidad y poesía— del choque inicial entre nativos y conquistadores.

En este capítulo final se resalta la figura de Lemquiaco —astuto, sabio y valeroso caudillo— que muere a manos de los españoles tras una encarnizada lucha. El narrador indígena cuenta la historia a los suyos para cerrar su relato y la totalidad de la novela con estas reveladoras palabras: “Puestos los pedazos en ollas de barro lo mandaron a quemar y echar las cenizas a la laguna. Allí mora con los dioses que algún día volverán porque si es cierto que sólo somos un soplo vano que se inclina con el huracán y que desaparece, vosotros guardaréis la memoria de todos nosotros”. (p. 545)

Las palabras del anónimo narrador indígena prefiguran la novela de Escoto y su principal intención. El autor de *Madrugada* ha querido rectificar, fijar y proyectar el pasado del pueblo hondureño, “la memoria de todos nosotros” para situar en amplia perspectiva temporal el presente y el futuro en que algún día “volverán los dioses” propios. La imagen que se afirma del pueblo hondureño no es la del ente complaciente, conformista y acomodaticio, fácilmente manipulable y vendido a las grandes potencias que se concibe con demasiada frecuencia; sino la de un pueblo enfrentado a fuerzas muy superiores a las suyas que a veces ha sucumbido, pero siempre ha resistido con inteligencia, valentía y dignidad, padeciendo terribles



consecuencias. La novela, de cara al futuro, recupera la difícil esperanza de la utopía, pero sin concesiones a falsas idealizaciones.

Dentro de esta vasta realización de Escoto, sin duda alguna una de las novelas más ambiciosas que haya producido no sólo Honduras, sino Centroamérica, tal vez un reparo que podríamos hacer es a su propio exceso. En su noble afán abarcador y rectificador, Escoto a veces resulta excesivo en su didacticismo histórico. Esto se evidencia en algunos diálogos más expositivos que dramáticos que resultan demasiado extensos y en la proliferación de abundantes detalles informativos de época. Por suerte, estos elementos están suficientemente motivados por la fabulación como para no desentonar demasiado. Por otro lado sería injusto insistir en "peccata minuta" frente a una obra de proyección tan amplia y de tantos indudables logros entre los cuales se destacan la creación de impactantes escenas, como la inicial; la caracterización de personajes profundamente humanos; el desarrollo efectivo de una complicadísima intriga; la armónica fusión de realidad y ficción; el manejo impecable de un riquísimo registro lingüístico; la cuidadosa y original estructuración, la vasta y bien empleada erudición, y la interpretación profunda y reveladora del pasado y del presente de uno de nuestros países menos conocidos. *Madrugada* fortalece enormemente la ingente posición de Honduras en el mapa novelístico de Nuestra América y merece amplia difusión como una de las novelas hispanoamericanas más significativas y de más ancho aliento de los últimos tiempos.

Ramón Luis Acevedo

Universidad de Puerto Rico

**Acevedo, Ramón Luis.** *Los senderos del volcán. Narrativa centroamericana contemporánea.* Colección Editorial Universitaria. No. 86. Guatemala: Editorial Universitaria, 1991.

*Los senderos del volcán* ofrece doce calas en la narrativa centroamericana del siglo XX, subrayando la originalidad y el valor de esta literatura, y la necesidad urgente de tenerla en cuenta al escribir la historia de la narrativa latinoamericana en general. Al justificar su libro, Ramón Luis Acevedo explica que sus ensayos incluyen algunos artículos publicados con anterioridad y otros inéditos, pero cree que forman un conjunto cohesivo porque todos representan un esfuerzo por “abrir brechas, desbrozar caminos, transitar senderos dentro del ya vasto y accidentado terreno de la narrativa centroamericana del siglo XX” (6). Añade además que estos ensayos son resultado de sus lecturas y relecturas tanto de textos consagrados como de reciente publicación, llevadas a cabo desde la ideología crítica dominante durante los diez años que preceden a la publicación del volumen. De estos doce ensayos, cuatro exploran la literatura guatemalteca y cuatro la salvadoreña, dos se ocupan de la hondureña, mientras que la costarricense y la nicaragüense son objeto de un ensayo cada una.

La ficción guatemalteca es el tema de los ensayos 1, 2, 5 y 10. El uno y el dos estudian dos textos de Rafael Arévalo Martínez. El primero examina *Las fieras del trópico* (escrito en 1915), una novela corta sobre el arquetípico dictador hispanoamericano que Acevedo considera un relato “excepcionalmente original” y mucho más actual que otros textos posteriores que se estudian como antecedentes de la novela sobre el dictador (11). El segundo se ocupa de la novela *Las noches en el Palacio de la Nunciatura* (1927), cuya forma y contenido delatan “una sensibilidad muy moderna” que se adelanta a su época. Para Acevedo, *Las noches* es una “pequeña obra maestra del grotesco hispanoamericano y una auténtica aproximación a la literatura del absurdo” (25).

El quinto ensayo estudia no la significación de un texto específico sino la de un fenómeno histórico poco estudiado: la presencia de la colonia alemana en la literatura hispanoamericana. Para ello se vale de su representación en la ficción criollista escrita entre 1932 y 1953. El décimo ensayo vuelve a centrarse en un sólo texto —contemporáneo en este caso. *Después del tango vienen los moros* (1988) es una novela lírica en la que el poeta Luis Alfredo Arango presenta “desde una perspectiva autobiográfica, los elementos esenciales de la historia y la intrahistoria guatemaltecas en las décadas centrales del siglo XX” (141).

La literatura salvadoreña es el tema de los ensayos 3, 6, 8 y 9, y como es el caso en los dedicados a Guatemala, tres estudian textos específicos y uno (el 9) ofrece una visión de conjunto, dedicada en este caso a la violencia en la novela. El ensayo

tres examina *O'Yarkandal* de Salarrué, el más prestigioso cuentista salvadoreño, desde los conceptos de lo fantástico y lo maravilloso de Todorov, apuntando que esta colección crea “mundos verbales casi autónomos, de extraña y deslumbradora belleza, paralelos al mundo *real*” (39), que anticipan la corriente *irrealista* de la literatura actual (49). Casi igual conclusión lleva el ensayo seis, un análisis de *Trenes* (1940) de Miguel Angel Espino, obra que, como sugiere el subtítulo de este ensayo, se presta a ser leída como “*Texto de goce y metanovela vanguardista*” (89). El último libro salvadoreño examinado por Acevedo es *Cenizas de Izalco* (1966), el único escrito por una mujer —la conocida poeta y narradora Claribel Alegría— y que se estudia aquí como producto de la colaboración con su marido, el norteamericano Darwin Flakoll. Para Acevedo, la escritura misma de esta novela viene a ser emblemática de “la armonización posible” (109) de las varias polarizaciones clasistas, raciales y genéricas que dividen el mundo hispanoamericano.

Los dos ensayos dedicados a Honduras se ocupan de dos obras de un mismo autor, el conocido y joven novelista Roberto Quesada. El primero (ensayo 7), examina su primera colección de cuentos, *El desertor* (1985). Acevedo subraya el doble compromiso artístico y político del autor, que se manifiesta en sus experimentos lingüísticos y en la novedad de sus estrategias narrativas tanto como en la seriedad de su denuncia social. El segundo (ensayo 12), estudia *Los barcos* (1988), su primera novela, como una acertada y artística representación del mundo del Caribe hondureño. Acevedo concluye que se trata de una “novela ágil, amena, rebotante de humor y deseos de vivir; optimista, sin ser enajenante; denunciatoria, sin ser solemne o panfletaria; irreverente y provocativa; expresión del lenguaje y la mentalidad del pueblo hondureño” (176).

El cuarto ensayo, dedicado a Costa Rica, se titula “*El infierno verde: novela precursora de la actual narrativa hispanoamericana*”. Acevedo señala la novedosa aportación a la novelística continental llevada a cabo en 1935 por esta novela. *El infierno verde*, que trata de la Guerra del Chaco y no de Costa Rica, fue escrita por José Marín Cañas para aumentar las ventas del periódico para el que trabajaba, presentándola como la crónica real y anónima de un soldado paraguayo. Leído desde el contexto de las teorías literarias más recientes, el texto es, según Acevedo, uno de los más imaginativos y técnicamente revolucionarios de la novelística hispanoamericana de principios del siglo XX.

*Castigo divino* (1988) de Sergio Ramírez es la única novela nicaragüense estudiada por Acevedo. Se trata de una reconstrucción del pasado, lo que implica ya una reflexión sobre la relación historia-ficción, que se lleva a cabo desde el contexto de la Revolución Sandinista.

Para concluir este breve resumen sólo me queda decir que *Los senderos del volcán*, de Ramón Luis Acevedo, representa una valiosa aportación al estudio

de la ficción centroamericana, vista como parte íntegra del contexto más amplio de la literatura latinoamericana. Tanto al estudiar la originalidad de los textos de principios de siglo como la de los más recientes, Acevedo subraya implícitamente la imposibilidad de estudiar la literatura latinoamericana sin tener en cuenta la valiosa aportación de la narrativa centroamericana.

*María A. Salgado*  
*Universidad de Carolina del Norte*  
*Chapel Hill*

## BIBLIOGRAFÍA